

La Colondrina,



HOJA LITERARIA Y DE VARIÉDADES.

LAS PRODUCCIONES DE MUJERES ANTIOQUEÑAS TENDRAN PUBLICACION PREFERENTE.

EDITOR Y AGENTE GENERAL, JUAN J. BOTERO.

1.ª SERIE.

MEDELLIN, DOMINGO 3 DE JULIO DE 1891.

NUM. 4.ª

LA COLONDRINA.

Tres veces has alzado tu vuelo, preciosa golondrina, dirigido, encaminado á lejanas comarcas, llevando sobre tu gentil cuerpecito el rico tesoro de nuestra literatura, mina inagotable apenas empezada á laborear; terreno virgen donde solo se han hecho los primeros desmontes; ancho y profundo rio de tranquilas aguas en el cual se divisan, balanceándose á la orilla, las primeras embarcaciones que lo han de surcar.

Si, por tres veces te hemos despedido de entre nosotros viajera retozona, correo portador de tantas joyas literarias, sin que los frios de los altos páramos, ni los calores de los hondos valles, ni los soles de fuego, ni los huracanes, ni los rayos, ni las mangas, hayan sido obstáculo para tu acelerado vuelo, alada mensajera.

Y has cumplido lucidamente tu encargo, expreso volador, que de muchos puntos remotos avisas la entrega puntual de la baliya que se te ha confiado, añadiendo á este aviso, muchos y muchos aplausos al enterarse del contenido de ella.

Gracias, golondrina, gracias.

Ya sabemos que tu solo simpático nombre seria una grande recomendacion.

Ahora ¿cuál será tu llegada á las habitaciones de los hombres, vivaracha misionera, cuando ellos ven

Collares de ricas perlas
A tu cuello suspendidos,
Y en cada alita un diamante,
Y en cada pluma un zafiro?....

Sigue, pues, alentada por la buena recepcion que has tenido, piperina mandadera, á llevar hoy por cuarta vez, donde tú sabes, nuestra encomienda literaria.

Hiende el espacio; ábrete paso por esos aires que te pertenecen; "corta el éter con la celeridad de la flecha del goajiro", y presenta esta remesa de joyas á nuestros favorecedores.

Que en tanto que tú no te fatigues de llevar y ellos no se fastidien de recibir, nosotros no nos cansaremos de enviar.

Nuestro compatriota el señor Ramon Isaza que recientemente estuvo en esta capital procedente de Chile, donde ha residido en los últimos años, partió para Santiago en aquella República, el 12 de Abril próximo pasado, en compañía de sus hijos y de su amable y digna esposa, nuestra espiritual amiga la señora Carmen Rosa Márquez.

Al partir la señora de Isaza ha dicho á su familia y á la Patria el "Adios" sentido que publicamos en seguida.

Ojalá nos sea dable el mostrar luego otras producciones de esta pluma antioqueña. Entre

tanto enviamos á los viajeros nuestra expresion de ferviente anhelo porque su travesia á Chile haya sido venturosa y porque alcancen más prósperos dias en su nuevo hogar, allá en suelo extranjero.

ADIOS!

Al confín de las playas del Pacifico
Allá muy léjos de mi Patria tré,
R. bosando de amor por los que llevo
Y llorando, infeliz, los que deje.

Buseo la dicha en extranjero suelo,
L. risa buseo que del labio huyó:
Buseo la calma á mi agitado seno,
Que viciada la sanósera ahuyentó.

Que triste y dolorosa es la partida
Y á los que amamos ay! decir adios!
El llanto de esta amarga despedida
Á tí lo ofrezco en holocausto ¡ Oh Dios!

Yo no sé del misterio de la vida
Qué me está reservado. . . . qué llamaré. . . . !
Solo sé que abandono en mi partida
Mis amigos, mi Patria. . . . cuánto amé!

Es preciso seguir; ya mi destino
Esta tierra me obliga abandonar,
Dejando en ella á seres tan queridos
Que forman parte de mi caro hogar.

Pero no derrameis por mí una lagrime,
Ternos hermanos, que infeliz no soy;
Conoceis la ternura de mi esposo
Por cuya sombra protegida voy.

Y me helgan risueñas esperanzas
Del porvenir para mis hijos caros. . . .
No puedo continuar: estoy vencida
Me anonada el dolor. . . . adios hermanos!

Ten piedad para mí, Sér infinito,
No me abandones por piedad, Señor,
Que el alma se deshace en mil suspiros
Cuando escribo temblando. . . . Adios! Adios!

C. R. M. DE I.

Medellin, Marzo 16 de 1881.

A NOT.

Buenos dias, Not.
Conversemos un rato, amiga mia.
Una carta es una visita.

Visita es la carta de un acreedor; visita es un *compartiendo* judicial; visita es la circular que envía á sus acreedores un quebrado; visita es un edicto; visita es un nombramiento; un decreto de remocion es visita, y son visitas los *sics* y los *nones* de las *pretendidas* á sus *pretendientes*.

Pero esta mi visita es futima, cordial, porque no cobra dinero, ni pide esperas.

Es una visita privada de mí á tí
(Parentesis. ¿Qué dicen los *carreñistas* de esta locucion en la que, dirijiéndose á una dama como tú eres, manda un caballero, como soy yo, *el burro por delante?*)

Ello es que *yo voy*, voy á visitarte á *tí* que *no me aguardabas*.

Todo tiene su cronologia: la *historia* como la *cró-*

nica, el corazon como el alma, la palabra como la idea.

Pero dejemos ego, amiga Not.

No haya alegatos entre los dos (Yo no digo "entre tú y yo", como se usa por aca, ni "entre ti y mí" como dijo el ciudadano de *Pasamonte* ó *Paraspilla*).

Tan amigos como ántes y sigue la carta ¿Me permites?

Aun cuando no soy San-Vicente de Paul, dejo al albañil en el aire mientras recibió tu pase.

Pero, al grano.

Recibi, figúrate con cuánto gusto la "Conclusion" de tu carta á "N N"

La lei, la devoré, la admiré y me la sé (¿¿¿ la Conclusion) de memoria.

¿ En dónde está el principio? ¿ En dónde la continuacion? ¿ Cuántas continuaciones hubo? Yo no lo sé.

Pero mira!

Estoy colérico con tu "Golondrina". Doblemente colérico, porque, tortuosa y mala mensajera como es (y perdone el armonioso y erudito Federico J. C.) traio á este monte en que agonizo, el último acto, y nada mas de tu lucubracion espléndida.

¿ Por qué, amiga Not, por qué, querida amiga (en lugar de poner confianza en La Golondrina de anguloso vuelo, no me mandaste tu bella carta en el pico de esa paloma que llena de esperanzas la viñeta?)

Ah! Golondrina hipócrita, que te vestiste con el plumaje de la paloma fiel; Ya no te quiero como te queria, porque si la *conclusion* de la carta de Not me encanta, moriré de sed si no me traes el principio

Adios Not.

Tu amigo,

C. A. E.

LA HOJA.

(DE ARNAULT).

¿ A dónde vas, hoja seca,
De tu tallo desprendida?

— No lo sé: la tempestad

Ha roto con furia impía

La que fué mi apoyo un tiempo

Gallarda y copida encina.

Desde entonces me pasean

El aquilon ó la brisa,

Desde la floresta al llano,

Desde el valle á la colina.

Voy donde el viento me lleva

Siempre errante y fugitiva,

Y de tan contraria suerte

Mi corazon no suspira.

Muero como todo muere

En la creacion infinita,

Muero como mis hermanas

De rosal hojas altivas,

Y las hojas de laurel

Que los guerreros marchitan.

1881, Junio 22 Medellin.

ANTONIO JOSÉ RESTREPO.

Medellín, 26 de Junio de 1887.

SEÑOR JUAN J. BOTERO.—Presente.

Mi estimado amigo:

No puede usted calcular todo lo que agradezco la donosura y cortesía, con que usted me ha saludado en su ameno y bien escrito periódico "La Golondrina".

Después de una ausencia de cinco meses, he vuelto al hogar y á la patria nativa; pero he vuelto con mi salud un tanto quebrantada.

No sabré decir si el gran río Magdalena sea un río perfectamente navegable; me inclino á creer que no, porque las varadas son frecuentes, y porque los vapores rotos ó volados por la explosion de las calderas no son pocos.

Lo que hay de cierto es que, nuestra famosa arteria fluvial, nos juega partidas bien pesadas cuando la transitamos. Unas veces enferma á quien la recorre, con sus emanaciones pestilenciales y en ocasiones ahoga sin piedad y sin misericordia al pobre viajero que se aventura sobre sus corrientes.

Hace año y medio que ascendía yo por este afamado canal á mi vuelta de las costas Pacífica y Atlántica, y entonces tuve ocasion de presenciarse un acontecimiento, que ha dejado en mi memoria una impresion harto penosa.

Voy á referirle esa historia:

El buque en que subíamos era el *Vapor Montoya*, mandado por el Capitan Maal. El buque es uno de los mejores del río, y el Capitan uno de los mas exquisitos hombres que yo conozca.

En el viaje á que me refiero, la embarcacion venia montada por sus tripulantes ordinarios, por algunos caballeros distinguidos, y por un Batallon de la Guardia colombiana; escolta al mismo tiempo que guardia de honor del Ciudadano Rafael Nuñez, quien se dirigia á Bogotá para tomar la investidura de Presidente de la República.

Los soldados de la Guardia ocupaban el piso bajo del buque, y sus jefes y oficiales, sin dejar de atender á sus deberes, frecuentaban la parte alta, fraternizando lindamente con la parte civil de los viajeros. Esta oficialidad de la Guardia, colombiana, es por lo general gente de finos modales y de amenísimo y dulce trato.

Durante el día se charlaba bastante á bordo, y los chistosos de la partida, nos entretenían con anécdotas y cuentecillos picantes y graciosos. Se leía, se dormitaba, se arrojaba una que otra bala á los caimanes, se comía bien, y por la noche se dormía, apesar del sofocante calor de la localidad.

Yo hacia de todo lo referido en conformidad con mis facultades; pero habia una funcion que me estaba especialmente encomendada, y que consistia en hacer comulgar todas las mañanas á un grupo de enfermos, con un poco de ese pan de vida física de los trópicos, al cual los médicos llaman sulfato de quinina.

El último día de navegacion, cercanos ya á la parte inferior de la Angostura de Carare, como á eso de las ocho de la mañana, cuando acabé de racionar á mis enfermos, y cuando me disponia

á entrar en conversacion con alguno de los diferentes grupos formados á bordo, encontré con un jóven á quien no habia visto en todo el curso de nuestro viaje.

El jóven se dirigió hácia mí y me dijo:

—¿Cómo está usted doctor?

—Estoy bien amigo, gracias y usted?

—Perfectamente, me contestó.

Creí al fijarme en aquella juvenil y arrogante fisonomia, haberla visto en alguna otra parte, que no recordé por el momento.

El mozo interpretando mi vacilacion agregó: he tenido el gusto de ver á usted en Medellín, y ahora se me repite este placer, al encontrarlo aquí. Yo soy el Sargento Maldonado, y estuve en Antioquia con el General Trujillo.

—Y cómo ha ido á usted desde entonces?

—Muy bien, replicó y con esperanza de que me vaya mejor en lo venidero.

El sargento era amable y me pareció bien acondicionado para continuar con buen éxito en su carrera. Tres ó cuatro camorras civiles mas, dije para mis adentros y dos charreteras de coronel en esos robustos hombros.

Maldonado se despidió con una franca sonrisa, satisfecho con su situacion, bajó la escalera y desapareció de mi vista.

Yo tomé un libro y me puse á leer.

Aunque usted, señor Botero, no necesite de mis advertencias, me atrevo á aconsejarle que en asuntos de vida y de muerte, no tenga mucha confianza en el momento que siga. Esta observacion es trivial, pero es verdadera y encarna alguna filosofia.

Vea usted: pasarian á lo mas cinco minutos despues de mi conversacion con el militar, cuando se oyó en la parte baja del *Montoya*, un grito múltiple y uniforme, grito de un carácter excesivamente angustiado y doloroso.

Se ahoga el Sargento Maldonado! decían y repetían los soldados y las mujeres que los acompañaban.

Efectivamente; el sargento para sacar agua del río, tomó un balde atado con una cuerda, lo arrojó al agua, se llenó la vasija con rapidez, y como la corriente fuera tan impetuosa, lo arrastró con increíble velocidad.

Como movidos por un resorte, subimos todos á la cubierta del buque que navegaba siempre hácia arriba.

Al llegar á nuestro punto de observacion, pudimos contemplar al vigoroso jóven como á una distancia de ciento cincuenta metros, nadando airoosamente y cortando la onda con la gallardia de un pez, apesar de haber caído con todas sus vestiduras.

Entre el pobre náufrago y el Vapor, habia el espacio indicado; pero entre el nadador y la ribera, habia un peñon, como á distancia de doscientos metros, contra el cual iba á chocar la corriente del río.

Por desgracia el Sargento se empeñaba en nadar con direccion al buque; es decir, en contra de la corriente y por desdicha todavia mayor, el buque, talvez por la sorpresa sufrida, no tomó con prontitud la posicion salvadora que debia tomar.

Si el infeliz joven hubiese nadado al amor de la corriente, y con direccion al peñon indicado, su salvacion hubiera sido tan simple y sencilla como decir: "buenos dias". No sucedió asi.

Algunas personas tomaron la precaucion de arrojar sobre la corriente del rio maderos redondos y secos, fiamientos de tablas y otros objetos que, sobraaguados, hubieran sido precioso auxilio para aquel desdichado. Los maderos pasaban á distancia, mientras él se esforzaba en dominar el peligro y en prolongar el tiempo en que debia irse á su socorro. Esa humanitaria operacion fué completamente estéril.

Se miraba para el lado en que el bravo militar combatia con tanto arrojo contra su destino, con tal intensidad y con tan marcada simpatia, que, si la cosa hubiera sido posible los ojos de los espectadores le hubieran levantado con su fuerza y le habrian puesto á bordo sano y salvo.

¡La lancha! ¡La lancha al agua!; pero pronto, pronto se gritaba con crecientes interes y angustia.

Los marineros sorprendidos por lo premioso y urgente de la situacion, cayeron en el error comun de ir muy despacio por querer andar muy de prisa. El afan que mostraban era inmenso, sus movimientos ágiles y listos; pero enredados y sin concierto.

Despues de una tardanza de minutos que nos pareció de siglos, la ligera embarcacion apareció flotando al costado del buque y montada por tres robustísimos hombres; uno que hacia de piloto sentado en la popa y dos de remadores hacia la proa.

Nuestra vista se fijaba alternativamente sobre la lancha que queriamos hacer volar y sobre el naufragio que lidiaba valerosamente, pero con notable decadencia de fuerzas.

La lancha partió al fin en direccion al punto en que se desenvolvía aquella espantosa escena. No bien hubo partido cuando una lamentable exclamacion de horror se hizo oír sobre la cubierta. El pobre sargento habia desaparecido repentinamente cubierto por las pantanosas aguas del gran rio.

La lancha continuó hendiendo las aguas con imponderable celeridad.

Estaría la ligera embarcacion en la mitad de su camino, cuando una ruidosa voceria, manifestacion de placer, cubrió todo el edificio del *Montoya*.

El valeroso soldado, semejante al cohete que surge de la mano de un pirotécnico, se elevó por un esfuerzo supremo, mostró la mitad de su cuerpo sobre el nivel de la corriente, sacudió la cabeza, resopló para tomar aire, tendióse en elegante actitud y siguió nadando con destreza.

La lancha en aquel momento se encontraba á diez metros de distancia: ¡terrible decepcion! el esfuerzo empleado por el joven habia extinguido su valor y aniquilado toda su potencia.

La lancha, apesar de todo, continuó su curso hacia adelante.

Un nuevo rayo de esperanza vino á ensanchar todos los semblantes.

El cuerpo de Maldonado no se veia; pero dos brazos crispados y sobre el agua, mostraban

bien el sitio en que estaba y parecian pedir socorro á sus salvadores.

La lancha avanzó y se puso como á seis metros de la victima.

Uno de los brazos desapareció repentinamente; quedó el otro, pero se sumergia por grados con relativa prontitud. Al fin quedó una mano.

La embarcacion redentora llegó en aquel momento. Uno de los marineros de proa alargó el brazo para coger aquella mano ¡diligencia inútil! Aquel movimiento hecho en un tiempo indivisible no pudo impedir que la mano del marinero empuñase el vacío. El joven militar habia desaparecido, y esta vez para siempre. La sábana líquida y sucia del Magdalena le sirvió de sudario.

Cuántas angustias, cuánto indecible tormento sufriera el infeliz durante este lígubre combate, yo no sabré decirlo, ni él lo dirá, porque las revelaciones de ultra-tumba son hasta ahora desconocidas para la humana especie.

Todos los pasajeros quedaron con el manto de la tristeza sobre sus facciones y con el sentimiento de un profundo duelo en el fondo del alma.

Poco rato despues, la campana del buque anunció la hora de almorzar. El comedor me pareció una luctuosa sala de *profundis*.

La memoria del Sargento Maldonado vivió algun tanto en el pensamiento de los pasajeros; ahogóse luego en el oleaje acompasado é inexorable de tres ó cuatro horas de tiempo y todo quedó concluído para él. No, el militar tenia madre y la memoria de un hijo querido no naufraga jamas.

Durante la reunion del último congreso, la menesterosa anciana, que segun parece vivia protegida por el hijo, se presentó ante el egregio cuerpo de la nacion para pedir una pension alimenticia por haber perdido su hijo en servicio de la República. Como Senador Plenipotenciario por el Estado Soberano de Antioquia, favorecí con mi voto la solicitud de aquella desgraciada mujer.

Señor Botero, usted no necesita de mis advertencias, pero yo me tomo la libertad de darle un consejo: "en asuntos de vida y de muerte, no tenga usted confianza en el momento que siga"; esta es una verdad trivial, pero contiene en si un pequeño grano de filosofia.

Medellín, 26 de Junio de 1881.

MANUEL URIBE A.

AY DE MI!

(Á CHARITAS).

Tengo sed abrasadora;
Vivir no quiero sin ti;
Ya la pena, hora por hora,
Me calina, me devora.

Ay de mi!

¿Para qué la luz del dia
Ni ese cielo azul turquí?
Si esta huérfana alma mia
Sin tí muere de agonia

Ay de mi!

¿De qué me sirve ese manto
De zafiro y rubí
Que otro tiempo fué mi encanto
Y hoy no puedo ver sin llanto?

Ay de mí!

¿Qué me importan las auroras
Los crepúsculos sin tí?
Ni esas nubes seductoras,
Ni esas aves trianadoras?

Ay de mí!

¿Qué me importan los fulgores
De ese sol lejos de tí?
Ni esos campos, ni esas flores,
Si espinas son sus primores?

Ay de mí!

¿De qué me sirve esta lira
Ni este nimen infeliz,
Si Aliasor por quien delira
Lejos, muy lejos suspira?

Ay de mí!

¿Qué me importan las praderas,
Qué los torresales sin tí?
Ni esas sombras pasajeras
De gloria y honor, quimeras!

Ay de mí!

¿Para qué quiero el tesoro
De la ciencia, baladí?
Ni de Rothschild todo el oro
Si está lejos la que adoro?

Ay de mí!

¿Qué me importa á mí la escoria
Ni el honor de un mundo vil?
Sin tí para qué la gloria
Ni esos sueños de la historia?

Ay de mí!

Las limpias, frescas mañanas
De púrpura y carnesí,
Sin tí,
Fantasmas con que lejanas
Ven mis ilusiones vanas...

Ay de mí!

Los banquetes, la ambrosía,
De Bossini la armonía,
Sin tí,
Y hasta los cantos de Honoré
Son un ruido pasajero

Ay de mí!

Del paraíso la gloria
Es sombra, es falsa irisoria,
Sin tí,
Si Dios para tí no me hizo
¿Qué me importa el paraíso?

Ay de mí!

Tengo sed de... saciarte;
Tengo hambre de... estrecharte
Aquí, aquí...
Sobre el seno palpitante
De tu desgraciado amante

Ay de mí!

RAYO MAJICO DE FE.

COPLA.

La mujer que bien se quiere
Nunca quiere el bien querer,
Pues sin querer quiere siempre
A quien no la quiere bien.—J.

LOS CHINOS EN SAN-FRANCISCO.

Entre las muchas peculiaridades que hacen de San-Francisco de California una ciudad *sui generis* y esencialmente distinta de las otras grandes ciudades de los Estados Unidos y de Europa, figura en primera línea el elemento chino que en su seno se ha aclimatado.

Haec dos años, se calculaba que vivían en los Estados de California y Nevada unos 80,000 chinos, de los cuales 30,000 habitaban en San-Francisco; y, si bien es cierto que las injustas medidas de los Gobiernos de ámbos y la cobardía y tenaz oposición que, á la llegada de nuevos emigrantes del Celeste Imperio y á su establecimiento en las costas occidentales de la Gran República, hace que cierta clase perezosa, corrompida y mal aconsejada del pueblo de aquella región han disminuido notablemente el número de los chinos que anualmente desembarcan en ella en busca de trabajo y fortuna, podemos asegurar que las cifras ya citadas han aumentado hasta esta fecha. El inesperado decreto del Emperador chino por el cual permite que sus innumerables súbditos puedan largarse bienamente para donde les dé la gana, decreto libérrimo que ha dado en estos meses tanto escándalo á los prudentes consejeros del autócrata amarillo, abre las puertas á una emigración numerosísima, que invadirá no solamente las costas de California, Oregon, &c., sino también las de los países hispano-americanos sobre el océano pacífico: mas este punto merece tratarse por separado, y así lo dejaremos para cuando nos quede algun otro rato desocupado que ofrecer á la paciencia benevola de los lectores de "La Golondrina".

En medio de la ciudad, en la *sancta sanctorum* de aquella colmena heterogénea y bulliciosa, está incrustado el curiosísimo *barrio chino*. Pocos contrastes ofrecen al viajero las ciudades, los paisajes y las sociedades de ultra-mar que puedan compararse en notoria y pittoresca originalidad con el que sorprende á quien por primera vez contemple ese ingerto al parecer contradictorio, aquel Barrio, todo él edificado, animado, habitado, infernalizado por millares de chinos, en medio de la ciudad populosa, espléndida, limpia, alegre y culta que con razón miran los Yankees como la obra maestra de su civilización, la última palabra, el rasgo característico del espíritu de sus empresas cosmopolitas y de la universalidad de sus ambiciones.

En los primeros años de aquella "fiebre del oro" que llevó á California tantos aventureros y bandidos de todo el mundo, y pobló aquellas colinas de codiciosos y foragidos, y animó aquellas soledades con tantos dramas ocultos y románticas complicaciones que apenas ahora empiezan á explotar los novelistas, en aquellos años de 1849 á 56, años de furor, de lucha, de desparramo y deslumbradoras esperanzas, cuando se inició la grandiosa colonización de aquellos olvidados territorios, al rededor de las pajizas chozas del caserío infeliz llamado San-Francisco y poblado por unas cuantas familias de origen español, no poco mezcladas con la raza indígena de Méjico, -familias cuyas costumbres patriarcales y "descansada vida" habrían hecho delirar á Fray Luis de León,—

se alzó la gran metrópoli de las minas, la improvisada y sorprendente San-Francisco de California.

Algunos cuantos chinos atraídos por el ruido confuso de la riqueza fabulosa de los aluviones de aquel Estado, que acababa de agregarse á la República Norte-Americana después de la guerra entre ésta y Méjico—llegaron tambien en busca de lo desconocido, y se pusieron á trabajar con tesón en los mas desdichados lugares de las formaciones auríferas, únicos á los cuales la rascable codicia de los mineros blancos les permitia acceso. Pronto tuvieron tambien sus chozas en San-Francisco: se hicieron lavaderos, zapateros, cocineros y, poniendo á prueba la extraordinaria plasticidad social que hace de aquel gran pueblo una admirable compañía de artistas y un temible consejo de diplomatas, se insinuaron pronto entre los colonos y llegaron á ser indispensables para la buena marcha de aquellos hogares de los primeros exploradores (*pioneers*), á que con tanta gracia y maestría han descrito Mark Twain y Dan De Quille: hogares á la lijera, desmantelados, surtidos de armas y ron, y con frecuencia visitados por Juditha en pequeño y por los muy fervientes discípulos de Caco y Pedro Urdimales.

No es extraño que los chinos; tan laboriosos como económicos y tan constantes como pacientes, se hubieran hecho fácilmente ricos en aquel país regado de "pepitas de oro". Donde otros se arruinaban y acababan por suicidarse, las compañías chinas obtenían productos fabulosos; y á fé que si la emigración no hubiese entonces estado prohibida en el Celeste Imperio, de tal modo que los pocos que de allí salían eran verdaderos prófugos que se escapaban, á veces con tanto peligro de su vida, de las ciudades costaneras,—en pocos meses se habría cubierto California de colonias chinas. El despilfarró que la ignorancia de los mineros primitivos causó en la riqueza de las formaciones trabajadas, pérdidas irreparables que hubieran evitado las nociones elementales de minería y metalurgia en aquellos, se estimaba hasta 1868 en \$ 300.000.000 por Mr. J. B. Browne, la autoridad más competente en esta materia (*min. res. west of the Rocky Mountains*.)

Creció, pues, San-Francisco; y quiso la suerte que las cosas de los chinos quedaran en la mejor parte de la ciudad: hoy los palacios han sucedido á las cabañas; á las ventas al aire libre los grandes almacenes, á las mesas en la calle los restaurantes opíparos en que se deleitan comiendo carnes podridas, pescado pestilente, legumbres descompuestas y arroz seco, y bebiendo té riquísimo en finas vajillas de verdadera porcelana china, á la luz de las alegres linternas, los banqueros, los comerciantes por mayor, los reyes de la Bolsa y de la Aduana de aquella colonia que explota al más avanzado de los pueblos modernos de la raza sajona y manda á reposar tranquilamente los huesos de sus hijos á la tierra asiática para que no les niegue su Dios el derecho de la trasmigración perfecta.

La colonia china de San-Francisco representa hoy muchos millones de pesos de capital; y en ella se verifican transacciones tan cuantiosas que ofuscan á quien no haya seguido de cerca el desa-

rrollo de las cifras de las operaciones de Bolsa de las grandes naciones europeas.

Cnojado de tiendas y barberías,—pues los chinos nunca olvidan el precepto de tener rapada la cabeza,—el Barrio deja escapar de continuo un murmullo confuso que se oye desde las calles vecinas: la de Dupont no es sinó alguna de las mas clásicas y hediondas de Pekín traída por vía de encuntamiento al corazón de San-Francisco. Qué cambio cuando de la calle de Kearny, que es el lujosísimo *boulevard* de esta, se entra por la de Washington, por ejemplo, al centro del Barrio! Atras quedan los bazares de los joyeros en cuyas ventanas relucientes se exhiben las más ricas obras del arte moderno, los grandes almacenes de calzado, las tiendas de sombreros, los elegantes talleres de modistas y sastros, la música de los teatros diurnos, la algarabía de una muchedumbre bien vestida, que habla inglés con desesparante rapidez y que no se detiene nunca; delante de uno abre el barrio chino sus misteriosas y temibles callejuelas, se anda por encima de subterráneos de donde sale un aliento tibio y hediondo, ocupados por fábricas de *cigarrros de Habana*, talleres ó catambas de zapateros remendones, barberías anunciadas por un tripede colorado, de madera, atado á la verja que sirve de entrada á la escalera por donde se baja al subterráneo, rincones fetidos de orgías á la oriental, pero á la oriental pobre; enfrente, á cada lado de la calle, hay una camándula de chinos vestidos todos con su uniforme azul, su gorro negro y sus zapatos de tela con gruesas suelas de pabilo: todos se mueven en fila, hablan discuten, contratan, enamoran, con jestos y sonidos cuya originalidad no puede comprenderse sino viéndolos y oyéndolos.

Todos los chinos son iguales. Ojos torcidos y como colgando de los dos lados de la cima posterior del cráneo, nariz chata, boca grande y seria, pómulos salientes, y, envolviendo aquellas facciones comunes y como brotando de en medio de ellas, un aire de malicia, de reserva, de expectativa que chispea de cuando en cuando al traves de los ojos hipócritas y contrae á veces aquellas bocas de ascéticos; esa magnífica cabeza, amarilla y lustrosa como la pasta de algun viejo libro español, colocada sobre un cuerpo delgado, huesoso y ágil, envuelto en ancho ropaje de tela azul, moda que acabó por ser para ellos costumbre invariable; eso es un chino. Solo tratándose de cerca, sabe uno onánto aplomo, cuánta observación, cuánta malicia, cuanto cálculo, cuánta despreocupación y talento caben dentro de esos cráneos forrados en pergamino y estrañbóticamente adornados en la parte superior por un largo mechón de cabellos lacios torcido en trenza y que cae por sobre la blusa hasta las rodillas del chino.

Las carnicerías del Barrio apestan á leguas: en el techo se venturananos pelados y puestas á podrir colgando de las patas traseras; en el suelo cabastus de pescados secos, camarones pelados y salchichas rojizas; en torno, barriles con legumbres, arroz y azafraán.

Los teatros tienen entradas que más parecen salidas del Infierno: al más lujoso se llega por un pasadizo estrecho y oscuro, parecido al que corre á

lo largo del tan cantado y romántico Puente de los Suspiros en Venecia.

En las esquinas hay avisos, periódicos, noticias, en caracteres chinos; de continuo rodeados por una muchedumbre de curiosos que suele lanzar las más grotescas carejadas.

Las tiendas de té son lujosas y frecuentadas por los ricos del Barrio. Hay restaurantes fastuosos y otros inmundos.

El templo principal, que queda en la calle de Chuy, es de lo más raro que puede imaginarse; y el Dios que lo habita, la figura más repugnante: gordo, amarilliso, como hebetado, caídas las mejillas, pequeñitos los ojos y adornada la boca con unos largos bigotes, ralos y que caen perpendicularmente, uno no sabe al verlo si debe reírse ó separarse disgustado de aquel lugar de idolatría.

De cuando en cuando cruzan las calles partidas de músicos que atruetan el aire con los ruidos más insuportables, como el de pañales monstruosos que se golpean sin compás ni desiguio con barras de hierro.

Rara vez críza aquella poblacion de la raza amarilla algún individuo perteneciente á la caucasia ó la negra: excepto las policías que, con su uniforme de paño azul oscuro, se pasean seriamente por aquellas calles en que bullen tantos miles de chinos que de noche se aprietan horriblemente dentro de sus casas, y para economizar espacio, duermen como en estantes, expuestos al peligro inminente de la asfixia.

Los mendigos tienen su puesto fijo en las esquinas al lado de una mesita en que recojen lo poco que los económicos transeuntes quieren darles. Los mendicantes tienen tambien sus talleres en la calle, y cantan desapacibles canciones al són del martillo con que clavan pedazos de suela á pedazos de botas desahuciadas. Por en medio de la calle marchan cabizbajos y preocupados, sin estorbar el paso de los carros, los traperos con su gancho en la mano y su cesta hedionda á la espalda.

Se nota desde luego la falta de las mujeres en aquella poblacion. Rara vez se descubre alguna que, á paso menudito y con dengues exagerados, cubierto el rostro de albayalde y carmin, luciendo sus anchos pantalones azules, sus gargantillas de cuentas de colores y su peinado extravagante en forma de mariposa, impregnado de goma ó almídon, críza de una callejuela, donde todas viven, á otra, en busca de algún objeto curioso. Todos los lectores sabrán que hay un impuesto excesivo sobre cada mujer que se importa de la China á California, de tal modo que es lujo superlativo la propiedad de una de ellas en este país.

Todo el barrio vive desentendido del resto de la ciudad: hay cierto límite donde empieza la region china, y el cambio es tan brusco, que luego que uno deja la ciudad norteamericana siente que necesita hablar otra lengua que no sea el inglés para poder hacerse entender de la nueva poblacion. Desgraciadamente no es cosa de soplar y hacer botellas eso de aprender chino para lo que pueda ofrecerse.

PEDRO NEL OSPINA.

Medellin, 29 de Junio de 1881.

EN UN ALBUM.

(DE BYRON.)

Como el nombre grabado en una lápida
Al pasajero suele detener,
Pueda mi nombre en esta oculta página
Tan dulce y melancólica mirada
Fijar, amiga mia, alguna vez.

Quizá aquí, des pues de algunos años,
Este olvidado nombre leerás.....
Piensa entónces en mí como pensamos
En los muertos, y piensa que enterrado
Aquí mi seco corazón está.

FIDEL CANO.

DECLARACION.

Yo se que me siento aquí,
Feliz como nadie fué;
Será que te amo? No sé.
Tú lo sabes? Dito: di,
Y si fuere el sentimiento
Un movimiento de amor,
Quieres, pues, por lo que siento
Que nos amemos los dos?

L. M.

VARIETADES.

Una obra piadosa.—La señora María de Jesus Upegui cuyo nombre es ya bien conocido por estar asociado al de los principales institutos de beneficencia aquí existentes, tiene el laudable pensamiento de restablecer una casa de proteccion para huérfanos, que desde antes de la guerra de '76 habia empezado á establecer en esta ciudad y que la misma guerra le hizo cerrar ó suspender.

La señora Upegui con un modesto pero impropio trabajo de largo tiempo, ha logrado reunir algunos fondos destinados á tal fin, y ha creo poder continuar en su labor emprendida, contando por supuesto con el auxilio de las personas piadosas, muy especialmente de los padres y madres de familia pudientes; y Quén será el que no ayude con algo para alimantar vestir y educar á tanto huérfano desvalido como hay y que nosotras?

En nombre pues de la humanidad hacemos un llamamiento á los sentimientos caritativos de todas las personas que pueden auxiliar de algun modo á tan piadoso instituto: al Gobierno, al Clero, á los establecimientos ó asociaciones de beneficencia y caridad, á los comerciantes, á los agricultores, á los artesanos, á los jóvenes de uno y otro sexo, ya que la juventud es siempre generosa y buena, á los padres de familia especialmente; á todos pues, en fin, "una limosna por amor de Dios".

Qué podrá haber más noble y á la vez más satisfactorio que salvar de la miseria y sobre todo de la corrupcion ó del vicio, á uno, á una siquiera, de esas criaturas desventuradas que no tienen en su desgracia la menor culpa, y que tanto necesitan de la caridad? No, no abandonemos á estos infelices; y sobre todo, no olvidemos que el hijo más querido del padre más fortunado puede venir á ser mañana un huérfano desvalido!

La señora Upegui y el señor doctor Quevedo son los iniciadores y protectores de tan piadosa empresa: á ellos pues la honra y el auxilio; y á nosotras la satisfaccion de estar con las columnas de esta hoja siempre á sus órdenes.

Medellin, Julio de 1881.

DEL MAL EL MENOS.

Pasó Dios una tarde por el mundo
y dijo al hombre: ¡Fíjeme una gracia.
—Señor, respondió el hombre, hacedme cuerdo;
y Dios repuso:—Lo serás mañana.

Aquella noche se alejó del mundo
la *locura* cual reina deshonrada,
y la razón las riendas del gobierno
asíó con mano amarillenta y flaca.

Mas ¡ay! con la locura se fugaron
las modas, las costumbres, la esperanza,
la fe, el orgullo y el amor, el odio...
toda... ¡penterita la comedia humana!

Volvió Dios a pasar a la otra tarde,
y al verle, sublevóse nuestra raza.
—¿Que quieres, ruin familia? dijo entouces
Dios cruzando los brazos ¿Qué te falta?

Y de un extremo á otro de la tierra
todos los hombres á una voz exclaman;
—¡Ah! Señor... la razón nos asesina...
¡vuélvanos locos tu divina gracia!

CÁRLOS RUBIO.

—Gigantescos ensayos de iluminación con luz eléctrica se están haciendo en Londres para ver si es posible iluminar barrios enteros con un solo enorme foco luminoso en cada uno.
—Sigue entablada en Rusia la lucha entre la horca, y la bomba. Los czares pelean armados con la horca, los nihilistas armados con la bomba explosiva. Duelo terrible! Bien dijo el que dijo del cesarismo moscovita y del nihilismo: *son dos monstruos que se combaten.*

Hace poco que subieron al cadalso cinco nihilistas, entre ellos una bella señorita de familia noble. Llamábase Sofia Perowska, hija del general Perowska, que ha ocupado altos puestos en el imperio incluso el de ministro. Sabió Sofia al cadalso con paso firme y admirable tranquilidad. Tenía 27 años. Desde los 16 se hizo nihilista y sirvió a su partido con un entusiasmo y una constancia á toda prueba. Su historia tiene interesantes episodios.

Todos los condenados mostraron impavidez y audacia. Uno de ellos llamado Jelabow al subir al cadalso escupió en el rostro al jefe de la guardia y le dijo: "toma para tí y para tu año".

Unos nihilistas consiguieron que el verdugo les vendiera las cuerdas con que aquellos individuos fueron ahorcados. Dichas cuerdas divididas en muy pequeñas partes han sido distribuidas, y esas pequeñas las guardan los nihilistas como preciosas reliquias. Las de la cuerda de Sofia dícese que fueron solicitadas con vivísimo interés. El verdugo hizo mal negocio. Descubierta la venta le han aplicado, según leo en varios diarios, 200 palos.

Ha conseguido macho Alejandro III con esas ejecuciones I creo que ha perdido. Qué importan cinco ahorcados si la tienen no perece? Qué importa al la libertad y el progreso son importantes, sino hay como ponerles en el cuello el nudo corredizo!

—El hombre volador.—El diario ruso el *Golos* de 15 de Enero anuncia la solución de uno de los más antiguos problemas de la ciencia mecánica: la posibilidad de volar como los pájaros.

El *Golos* es demasiado serio para que se le pueda suponer una chispa de mal gusto; y el profesor que ha hecho esta invención goza de una muy grande reputación, para que la cosa merezca atenderse.

"El año que acaba de pasar, dice el *Golos*, está destinado á marcar la fecha de una invención muy importante, debida á los pacientes investigadores del sabio matemático Juvenalief, profesor de la Universidad de Kief. Este investigador acaba de componer un aparato que, puesto en movimiento por la sola fuerza muscular del hombre, hace posible el arte de volar en los aires, siguiendo todas las direcciones.

"De esta manera está resuelto un problema, que ocurren casi todas las invenciones del siglo diez y nueve. La academia de las ciencias, á quien Mr. Juvenalief ha presentado el modo de su aparato, con indicaciones sobre su manera de funcionar, ha reconocido toda la importancia de este descubrimiento, y concedido al inventor la *privativa*; es decir, el diploma que hace constar la propiedad de su invención."

A UNA GOLONDRINA.

(DESDE LA PRISION.)

Mensigera peregrina,
Que al pie de mi bartolina
Revolando alegre estás,
De do vienes golondrina?
Golondrina, adonde vas?

Has venido á esta region
En pos de flores y es-pumas,
Y yo clamo en mi prision
Por las nieves y las brumias
Del cielo de Setentrion.

Bien quisiera contemplar
Lo que tu dejar quisiste;
Quisiera hallarme en el mar,
Ver de nuevo el Norte triste;
Ser golondrina y volar!

Quisiera á mi hogar volver,
Y allí, según mi costumbre,
Sin dardichas que temer,
Verme al amor de la lambre
Con mi niña y mi mujer.

Si el dulce bien que perdí
Contigo manda un mensajero,
Cuando tomes por aquí,
Golondrina, sigue el viaje
Y no te acuerdes de mí;

Que si buscas, peregrina,
Do su frente un saúco inclina
Sobre el polvo del que fué,
Golondrina, golondrina,
No lo habrá donde yo esté!

No busques volando inquieta
Mi tumba oscura y secreta;
Golondrina, no lo ves?
En la tumba del poeta
No hay un saúco ni un ciprés.

JUAN CLEMENTE ZENBA.

CORRESPONDENCIA.

Señor Manuel Escalante.—Cartago.—Entendí del contenido de su carta, fecha 17 del pasado.

Señor Algodro Lopez.—Auro.—Recibí los 50 centavos y números sobrantes de que habla su carta de 17 del que cursa.

Señor Rufino Gutiérrez.—Bogotá.—Por su carta del 13 del mes pasado sé que usted solucio 2 suscripciones en esa, y traspaso la agencia de esta hoja al señor Jorge Vélez A.

Señor José María Patiño.—Sanson.—Por su carta de 10 de Junio último, sé que debo entenderme con usted en lo relativo á esta agencia, teniendo usted en esa 4 suscripciones cobradas.

Señor Eulalio Fedrónka.—San Vicente.—Quedo en posesion del contenido de su carta de 23 del pasado Junio.

Señor Luciano Arango.—Giráldez.—Estoy enterado de lo que me dice usted en carta fecha 16 de Junio último, recibiendo los números sobrantes que me anuncia.

Señor José María Correa G.—Cali.—Su carta de 3 del pasado Junio está en mi poder, particular i largamente le hablare sobre los puntos de ella.

Señor Manuel María Quijano R.—Concordia.—Con su carta del 16 del pasado recibí \$ 1.50 con favores valor de las 3 suscripciones de que este periódico ha cobrado hasta en esa.

Señor Enrique Posada.—Pereira.—Recibí su carta de 11 de Junio último en que me dice que ha colocado en esas 3 suscripciones á "La Golondrina."

Señor Juan N. Escobar.—Santa Fe.—Recibí su carta de 27 del pasado y el peso de que me habla.

Gracias.

El Agente general, JUAN J. BOERRO.